



**BIBLIOTECA VIRTUAL
MIGUEL DE CERVANTES**

BIBLIOTECA AFRICANA
www.cervantesvirtual.com

MOHAMED SIBARI

Sidi Baba

[selección de fragmentos]

Edición impresa

Mohamed Sibari, *Sidi Baba* (1999)

En

Mohamed Sibari (1999) *Sidi Baba*. Madrid: Editorial Lalla Menana. (pp. 61-94)

Edición digital

Mohamed Sibari, *Sidi Baba* (2012)
Enrique Lomas López (ed.)

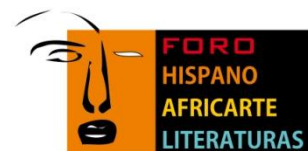
Biblioteca Africana – Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes
Julio de 2012



Este trabajo se ha desarrollado en el marco del proyecto I+D «Literaturas africanas en español. Mediación literaria y hospitalidad poética desde los 90» (FFI2010-21439) dirigido por la Dra. Josefina Bueno Alonso



Universitat d'Alacant
Universidad de Alicante



Sidi Baba

Mohamed Sibari

Durante siete noches, Cherezade contó a Nufisa las historias de las siete chicas:

—Al salir del Tribunal, nos condujeron en el furgón de la policía a la cárcel. El agente que estaba sentado a la diestra del chófer, y que tenía los expedientes de los presos, golpeó con sus nudillos en la puerta de la cárcel.

—¡Toca el timbre!, le dijo uno de sus compañeros

Un guardián abrió una ventanilla y, minutos más tarde, abrió la puerta.

Al serle entregados los expedientes, verificó éstos y comenzó a nombrar los apellidos de los presos.

Los hombres iban esposados y las mujeres fuimos las últimas en entrar.

Después de los trámites burocráticos, las presidiarias fuimos conducidas a las duchas y, más tarde, a nuestras respectivas celdas.

Es frecuente el hacinamiento en las cárceles, pero, por orden del alcaide de la prisión, las ocho presidiarias fuimos a pasar a una celda bastante grande y con una maravillosa vista al mar.

A pesar de los enormes barrotes de hierro, se podían ver los barcos, la playa y el bosque. Bastó tan sólo esa mañana para que las muchachas se explicasen.

Esa noche, le pregunté a la más joven:

—¿Por qué estás aquí? ¿Qué delito has cometido?

—Es una historia muy larga de contar, dijo suspirando la joven.

—Pues cuéntanosla, ya que el único capital que tenemos en este hotel es el tiempo.

—Sí, sí, por favor, cuéntanosla, dijeron las demás chicas.

—Bueno, si os empeñáis, os la contaré, dijo la muchacha.

—Al morir mi padre, para ayudar a mi hermana a continuar sus estudios, tuve que trabajar de criada ya que, con el sueldo de mi pobre padre, apenas podíamos sobrevivir. Me sacrificué por ella durante largos y amargos años, en los que tuve que aguantar las putadas de un viejo maníaco.

—¿Maníaco?, cuenta, cuenta. ¿Qué te hacía?, le preguntamos todas.

—Cuando su mujer no estaba en casa, el viejo me pedía que le enseñara mis teticas.

—¿Se las enseñabas?

—Claro que se las enseñaba. Primero me daba cincuenta dirhams, y me decía: «sácalas muy despacio, por favor, muy despacio». Cuando tenía mis pechos al aire, el sinvergüenza se recreaba mirándolas durante un buen rato y, más tarde, se iba corriendo al servicio. Un día, el sobrino del viejo

nos descubrió. Al día siguiente me dijo en tono amenazador: «si te portas bien conmigo, no te delataré a mi tía».

—¿También le enseñabas tus pechos?, le preguntamos.

—No, éste quería mucho más... Terminaba mi trabajo a las cuatro de la tarde y, una vez en casa, me quitaba mi chilaba, me ponía a bordar zaragüelles, fundas y sábanas nupciales hasta las tres o las cuatro de la madrugada. Todo el dinero que ganaba era para mi hermana. Tenía todo lo que quería, y era la chica que mejor vestía en el barrio y en el instituto. Muchas veces me mentía y yo me hacía la tonta. Me pedía dinero para comprar libros, pero lo que en realidad compraba eran perfumes caros.

—Al terminar su bachillerato, mi padre la acompaña a Tetuán, es decir, a Río Martín, para inscribirse en la Facultad de Letras. Entre ella y tres chicas de Larache alquilaron una casa amueblada. Todo fue normal durante el primer trimestre, pero en el segundo y sobre todo en el tercero, mi hermana comenzó a pedir más dinero. Suspendió el primer año y, como excusa, nos decía a mi padre y a mí que los profesores la tenían tomada con ella. Pasó el verano en la playa con sus amigas. Antes de ir a mi trabajo, todas las mañanas, le dejaba dinero para desayunar, ya que, la señorita, sólo desayunaba en las cafeterías con sus amigas y amigos; y por la noche compraba un bocadillo y una limonada para cenar. En septiembre volvimos a inscribirla en la Universidad Abdelmalik Saadi. Como siempre, siguió pidiendo más dinero. Yo ya no podía más y muchas veces tuve que pedir dinero prestado para satisfacer sus caprichos. Mientras que sus amigas venían casi todos los fines de semana a sus casas, mi hermana dejó de venir a Larache. Un día, exactamente en el pasado mes de mayo, una de sus compañeras de estudios, le dijo a mi padre: «su hija ha sido detenida ayer por la policía».

—Mi padre y yo no conseguimos dormir esa noche. Al día siguiente, muy temprano, mi viejo tomó el autobús para Tetuán. Al llegar a la comisaría de Martil, el hombre preguntó por su hija.

—Aquí no puede verla, vaya mañana al tribunal.

—¿Qué ha hecho mi hija? Si mi hija es una santa y un ángel.

—Nada, o casi nada, tan sólo un poco de prostitución y un poquito de pornografía, le dijo muy serio el inspector de policía. Uno de los policías, que escuchó la conversación, le dijo muerto de risa a su colega:

—Una santa, un ángel. Si su hija es un ángel y una santa, a la Mónica Putinsky la tendrían que beatificar.

—Mi pobre padre alquiló una habitación en una vieja pensión y no salió hasta el día siguiente. Llegó el furgón de la policía. Mientras entraban esposadas al tribunal, un joven le dijo a mi padre:

—Estas son las chicas que cogieron en una redada en Martil.

—Son las que se dejaban fotografiar desnudas, dijo otro.

—Al escuchar mi padre la sentencia, se dirigió a la pensión y subió a la azotea de ésta, es decir, al quinto piso, y se tiró al vacío muriendo en el acto. Al cumplir su condena, mi hermana se

quedó en Tetuán, ya que todo el mundo en Larache conocía su historia. La busqué, y di con la casa donde se prostituía. Al salir una mañana de esa casa, le asesté dos puñaladas en la espalda.

—¿La mataste?, preguntaron todas las compañeras de celda.

—No, desgraciadamente no la maté, los cirujanos del Hospital de Sania-Ramel consiguieron salvarla.

—¿Por qué te has parado?, por favor, sigue

—No puedo seguir, porque la vigilante nos dijo:

—¡A dormir, chicas, mañana será otro día!

Al día siguiente, y después de cenar, Nufisa apagó el televisor y le dijo a Cherezade:

—No te hagas de rogar y cuéntame la segunda historia.

—Al preguntarle cómo había terminado en la Cárcel, nos dijo:

—Mi padre emigró al extranjero y, al año siguiente, se llevó a mi madre y mis hermanos. Como yo era la mayor, me dejó al cuidado de mi abuela. En pocos años, mis padres, trabajando duro, compraron un solar; edificaron dos garajes en la planta baja y dos pisos encima de los garajes. Al fallecer mi abuela, me llevaron con ellos a Holanda y, como es lógico, mi padre cerró con llaves y candados los garajes y los pisos. Al verano siguiente, un amigo de mi padre le llamó por teléfono:

—Hamadi.

—Sí, ¿quién es?

—Soy Ahmed.

—Ahmed... Ahmed...

—Sí, hombre, Ahmed Tamsamani.

—¿Cómo estás amigo mío!

—Bien, muy bien.

—Después de saludarse, el hombre le dijo:

—Tienes que venir urgentemente.

—¿Por qué?

—Porque han robado en tu casa.

—¿Cómo?

—Como lo oyes. Y no sólo te han robado, sino que también se han llevado las puertas y las ventanas.

—Al día siguiente, mi progenitor pidió permiso a su patrón, y dos días después llegó a Larache. Vio el lamentable estado en que habían dejado las viviendas. Aconsejado por sus amigos, fue a denunciar el robo a la comisaría. Compró madera en una serrería en la que trabajaban varios carpinteros. Montaron de nuevo las puertas, las persianas y las cerraduras. El guardacoches le dijo a mi padre:

—Siento mucho el robo de su casa. Debería usted dejar un guarda de noche, ya que de día no se atreverían a hurtar.

—Tiene usted razón, pero, ¿dónde encuentro yo un guarda?

—Tengo un hermano que anda buscando trabajo y, si usted quiere, puedo hablar con él y si está de acuerdo, le pondré en contacto con usted.

—Y así fue, los dos hombres llegaron a un acuerdo y al vigilante le fueron entregadas las llaves del portón de nuestra casa. El verano siguiente no pudimos venir a nuestro país porque mi madre se había operado; pero al siguiente, es decir, a los dos años, vinimos a disfrutar de nuestras vacaciones. Al aparcar la furgoneta frente a la casa, papá creyó equivocarse de calle. Volvió a dar vueltas por la misma calle y volvió a aparcar frente a nuestra morada. Los garajes se habían transformado en tiendas de comestibles y de la casa salían y entraban niños. Papá se acercó al tendero y, al saludarle, le preguntó:

—¿De quién es esta casa y estas tiendas?

—De un señor que trabaja en el extranjero.

—¿No sabe usted en qué país?

—Creo que en Holanda.

—Pues ese señor soy yo, y no logro comprender cómo mis garajes se han transformado en tiendas, cómo mis casas están habitadas. ¡Me voy a volver loco!

—¡Cálmese por favor!

—¿Cómo quiere que me calme! Y vamos a ver, ¿quién le dio a usted permiso para montar esta tienda?

—Hamido.

—¿Quién es Hamido?

—El hermano del guardacoches.

—¿Dónde está el guardacoches?

—Suele sentarse en ese cafetín.

—Se dirigió al mencionado cafetín y, efectivamente, se encontró con el guarda.

—¡Tu hermano es un hijo de mala madre y un sinvergüenza!

—Deja en paz a mi madre. Y en cuanto a mi hermano, ahí tiene los tribunales. Por favor, déjeme en paz.

—Menos mal que trajimos con nosotros las llaves de la casa de la abuela. Aconsejado por su amigo Tamsamani, fue a ver a un abogado. El letrado le dijo:

—Primero hay que formular una denuncia al fisca.

—¿Y después?

—Le mandarán una convocación.

—¿Al tribunal?

—No, a la comisaría donde prestará declaración.
—¿Y después?
—Será citado por el fiscal.
—¿Y después?
—Si se niega, habrá que hacer un pleito.
—Y, ¿cuánto tiempo tardarán en desahuciar mis garajes y mis casas?
—Francamente, no puedo darle una fecha exacta, ya que es un problema social.
—Mi padre fue a buscar al sinvergüenza del guarda y al encontrarse con él le dijo:
—¿Por qué no llegamos a un acuerdo?
—Como si fuera un tratante de ganado, el caradura le dijo:
—Aquí tienes mi mano, y le tendió ésta.
—¿Cuánto dinero quieres?
—Cien mil dírhams.
—¡Cómo!
—Sí, señor, o cree usted que voy a tirar a mis hijos, a mi suegro y a mis sobrinos a la calle.
—¿Es su última palabra?
—La primera y la última, le dijo el muy arrogante.

—Dos días después, venía yo con mi madre del mercado cuando vi a mi padre entrar a la Sociedad de Caza y Pesca de la calle Zerkuni. Mi madre también le vio y me dijo:

—La caza fue siempre su punto débil. En lugar de buscar alguna solución a nuestro problema, el señorito se va de caza con sus amiguetes.

—Temsamani le prestó un fusil a mi padre y por la tarde vi a mi viejo limpiarlo en el patio.

—Papá.

—Sí, hija mía.

—¿Vas a ir de cacería?

—Sí, a una cacería muy especial, quizás sea la última cacería de mi vida.

—Su forma de responderme y el brillo de sus ojos me intranquilizaron. Le seguí, vi cómo cargaba el fusil con dos cartuchos y meterlo debajo de la cama de mi difunta abuela. Esa noche no pegué ojo a causa de la conversación que tuve con mi querido padre. La cabeza me estallaba y no sabía qué hacer. Si mi viejo mata al desgraciado del guarda, irá a la cárcel. ¿Quién cuidaría de mi madre y de mis hermanos? Todo lo que había edificado con sudor y sacrificio se desmoronaría.

—Al amanecer, di con la solución. Me puse la chilaba de mi abuela y metí el fusil debajo de ésta. Abrí la puerta de la casa muy despacio para no hacer ruido o despertar a mis padres. Caminé durante una media hora ya que la casa de la abuela estaba de unos cuatro o cinco kilómetros de la

ciudad. Mi reloj marcaba las cinco de la mañana. Estuve mirando lo que habían construido mis padres durante unas dos horas. A las siete de la mañana vi pasar a un muchacho con una caña de pescar.

—Buenos días, le dije.

—Buenos días, me contestó.

—¿Adónde vas?

—A pescar.

—¿Te gustaría pescar cincuenta dírhams?

—¡Claro que me gustaría!

—Coge un par de piedras y tíralas muy fuerte a esa puerta. Le di el billete, cogió dos enormes piedras, las tiró sobre la puerta, cogió su caña y salió corriendo. Algunos niños se asomaron por las ventanas de nuestra casa y minutos más tarde salió el guarda con un palo en la mano. Sin pensarlo ni un segundo, y mientras que Hamido buscaba al que había tirado las piedras, saqué el fusil, besé la chilaba de la abuela y como un banderillero le llamé en voz alta:

—¡Hamido, Hamido!

—Al darse la vuelta y mirarme de frente, le apunté con el fusil y le dije:

—¡Nunca más comerás del sudor de los demás!

—¿Murió?, le preguntamos boquiabiertas.

—Claro que murió, le metí los dos cartuchos en el pecho.

—¿Y tus padres?

—En Holanda.

Como siempre, al tercer día y después de cenar, Cherezade comenzó a contar la historia de Huda, que así se llamaba la joven:

—Mi madre es hija de una gran familia y mi padre es un buen hombre, trabajador infatigable y muy casero. Al contrario de mi padre, a mi madre le gustaba salir con sus amigas, cenar en restaurantes y divertirse. Tuvieron varias peleas y al final, la cuerda se rompió. Se divorciaron y cada uno tiró por su camino. Mi madre se casó a los seis meses, lo que enfureció a mi padre ya que, tres meses después de la boda de mi madre, él también se casó. Viví cabalgando sobre dos casas. Los dos me daban mucho dinero pero mi vida estaba completamente vacía. Mis amigas trabajaban o estudiaban, mientras que yo no sabía qué hacer durante el día. Todas me invitaban y era yo la que siempre pagaba. En el cumpleaños de una amiga conocí a un chico guapísimo y me enamoré de él. Me dijo que era funcionario de nuestro consulado en Algeciras. Como ciudad me gustó muchísimo, así como su buena gente. No me aburría en absoluto porque me parecía estar en Tetuán o en Tánger.

—Un día, Mustafá, que así se llamaba mi novio, me llamó por teléfono y, al coger mi móvil, me dijo:

—Yasmina.

—Sí, habibi.

—¿Vas a venir esta semana?

—Sí.

—Entonces, por favor, un amigo mío te va a traer un cartón de tabaco Olympique Bleu, tráemelo contigo.

—Todos los viernes le llevaba un cartón, o dos, del mencionado tabaco.

—Vivía muy feliz con Mustafá, el muchacho había conseguido llenar ese terrible vacío que me ahogaba. Mi vida había cambiado completamente y pensábamos casarnos este verano. Por curiosidad, le pregunté un día:

—¿Por qué no fumas tabaco español?

—Porque me gusta el marroquí. ¿Y a qué viene esa pregunta?

—Nada, sólo veo que fumas mucho.

—El tabaco no es sólo para mí, sino también para mis compañeros de trabajo y para muchos españoles.

—¿Españoles?

—Sí, españoles

—Pero si el tabaco español es muy bueno.

—No me cabe la menor duda, pero a los antiguos residentes en Marruecos sólo les gusta fumar el marroquí.

—De un cartón o dos, pasó a pedirme que le llevara cuatro y hasta cinco cartones por semana. Un día, en la aduana de Tánger, un agente me preguntó:

—¿Tiene usted algo que declarar?

—No, no señor, no tengo nada que declarar salvo estos cartones de tabaco.

—¿Son para su uso personal?

—No, no señor, son para mi novio.

—Su novio, ¿va a embarcar con usted?

—No, está en Algeciras, es funcionario del Consulado Marroquí.

—Me hicieron pasar a una habitación y me desnudaron. Una de las agentes, después de vestirme, hizo pasar al oficial.

—No lleva nada encima, señor.

—¿Han verificado los cartones de tabaco?

—No, señor, pensábamos abrirlos en su presencia.

—Pues ábranlos.

—Al abrir los paquetes de cigarrillos, una de las agentes de aduanas me sostuvo, me sentó sobre una silla y me echó agua sobre la cara. Los agentes se apiadaron de mí y hasta lloraron.

—Es hija de una gran familia, dijo una de las agentes al oficial.

—Lo siento, pero la ley está hecha para todos. Queda usted detenida por tráfico de drogas, me dijo el teniente.

—Al ir a pagar mis padres la multa a la Tabacalera Nacional, el agente encargado les dijo:

—A su hija la han pillado con un kilo y cien gramos de hachich.

—¿No cree usted que es demasiado?, le dijo mi padre.

—No, señor, y se lo puede demostrar fácilmente. Un cartón de tabaco Olympique Bleu pesa doscientos veinte gramos, que multiplicados por cinco, nos dan un kilo y cien gramos.

—Pagaron la multa, pero el Ministerio Fiscal me condenó a tres meses.

—¿Y tu novio?, le preguntamos todas.

—El sinvergüenza era un narcotraficante. No trabajaba en el consulado, sólo se dedicaba a enamorar y engañar a muchachas ingenuas como yo.

Hacía calor y era una noche de luna llena. Nadia, que así se llamaba la cuarta muchacha, comenzó a relatar su historia:

—Mis padres me casaron muy joven, porque temían que los deshonrara. Unos días antes de mi boda escuché una conversación entre mi madre y mi tía:

—¿No te parece que tu hija todavía es muy joven para casarse?

—Yo me casé más joven que ella.

—Sí, pero eran otros tiempos.

—El temor de una familia no conoce tiempos.

—¿El honor?

—Sí, el honor, querida hermana. Mi hija lleva tiempo saliendo con el hijo de la panadera.

—¿Con ese vago?

—Sí, señora, con ese vago.

—Entonces, has hecho muy bien.

—Efectivamente, yo salía con ese muchacho. Me gustaba muchísimo, y en sus manos me derretía. Por su culpa recibí varias palizas de mi padre y, el pobre, al ver que sus palizas y amenazas no surtían efecto y temiendo lo peor, me casé. Mi marido me trataba muy bien y fuimos felices durante un buen tiempo. Las cosas cambiaron cuando me compró una antena parabólica.

—¿Qué tiene que ver la parabólica con tu matrimonio?, le pregunté.

—Tuvo mucho que ver con mi divorcio y fue la causa de mi desdicha. Me chiflaban las telenovelas egipcias. Me pasaba horas y horas frente al televisor. Muchas broncas recibí de mi esposo, y hasta me amenazó con vender el televisor y la dichosa parabólica. Un día, me dijo muy temprano:

—Esta mañana en el puerto he comprado dos kilos de lenguado fresquísimo y como hoy vendrá a almorzar conmigo mi jefe, procura tener preparada la comida a las doce en punto.

—Vale, no te preocupes, le dije.

—El culebrón comenzaba a las once de la mañana y yo, como siempre, estaba pegada al televisor. Dieron las doce y la telenovela no terminaba. Quería levantarme para freír el pescado, pero no podía. Llamé a la criada y le dije:

—Fríe deprisa el pescado que hay en la nevera.

—La chica, que era del campo, y parece ser que nunca había frito una sardina. Cogió la sartén, puso aceite y sin ponerle harina al pescado, tiró todo el lenguado a la sartén. Llegó mi marido y su jefe a las doce en punto. Muerta de miedo, fui corriendo a la cocina. Todo el pescado estaba pegado en la sartén y cuando quise retirarlo, sólo conseguí retirar las espinas. Mi marido me llamó y me dijo:

—¿Está todo preparado? ¿Por qué estás tan pálida?

—Es que no me encuentro bien, pero no te preocupes, que enseguida se me pasará. Voy a comprar unos refrescos.

—Por favor, no tardes.

—Cogí mi chilaba y fui corriendo a la casa de mis padres. Al día siguiente, me divorció. Como estipula la ley, después de los cuarenta días, volví a salir con el hijo de la panadera. Un día le dije:

—¿Cuándo vamos a casarnos?

—Cuando tenga dinero.

—¿Cómo vas a tener dinero, si no trabajas?

—Yo trabajo solamente con mi cerebro.

—Pasaron varios meses y un día me dijo:

—Te propongo un negocio muy lucrativo.

—¿En qué consiste este negocio?

—Debes vestirme, maquillarte y ponerte encima todo el oro que tengas. Por mi parte, me pondré mi mejor traje.

—Bueno, ¿y después?

—Después, coser y cantar.

—No entiendo nada.

—Es muy sencillo, entras en una teletienda, pides a la chica cambio de diez dirhams, te dará dos monedas de cinco, entras a la cabina, simulas que estás telefoneando, te metes las dos monedas en tu bolsillo, cuelgas el teléfono y sales de la cabina.

—Cuando salga, ¿qué hago?

—Le dices muy seria a la chica:

—El teléfono se ha tragado diez dirhams, y entonces, la muchacha te dará otros diez. Vuelves a entrar a la cabina, simulas que estás telefoneando, te metes el dinero en el bolsillo y salimos los dos a la calle.

—Al día siguiente pusimos en marcha nuestro plan, y de las cuarenta y cinco teletienda que hay en Larache, sacamos cuatrocientos cincuenta dirhams. Hicimos lo mismo en Tánger, Tetuán, Rabat, Fez, Mequinez, Kenitra y Casablanca. En un mes habíamos sacado más de cuarenta mil dirhams, cantidad que se había multiplicado por tres en tres meses.

—¿Cuándo nos casamos?

—Como me vuelvas a hablar de bodas, te dejo. Debes saber que lo de las teletienda algún día se acabará, debemos pensar en otra cosa.

—Decidimos tomar unas vacaciones y, un viernes por la noche, mi tía me dijo:

—Niña.

—Sí, tía.

—¿No te han invitado a la boda?

—¿De quién?

—Del hijo de la panadera.

—Es una broma de mal gusto.

—No es ninguna broma, se casa mañana con su prima.

—Efectivamente, el sinvergüenza se casó. Muerta de rabia, le denuncié. Fue convocado por la policía y, naturalmente, lo negó todo. El inspector de policía me preguntó:

—¿Tiene usted testigos?

—En Larache tengo cuarenta y cinco testigos, en Tánger, trescientos, en Tetuán y provincia, quinientos y en Casablanca...

—El inspector no me dejó terminar:

—¿Sabe usted que engañar a la gente está castigado por la ley?

—Sí, señor, y no me importa ir a la cárcel.

—Como ninguno de nosotros teníamos antecedentes, nos condenaron a un año de cárcel.

—¿Sabes quién tiene la culpa de todo lo que te ha pasado?, le dijo Cherezade.

—¿Quién?

—¡La parabólica!

El quinto día era jueves y casi todas las reclusas ayunaron.

Después de rezar y romper el ayuno, y para facilitar la digestión, las muchachas se echaron en sus lechos y durmieron una pequeña siesta que, por las circunstancias, se convirtió en nocturna.

Al levantarse a beber agua, le dije a Yassmina:

—Niña.

—Sí, Cherezade.

—Esta noche no creas que te vas a librar de nosotras.

—Claro que no.

Yassmina, desde el fondo de la celda, de pie y como en un pequeño teatro, comenzó a relatar las causas que la llevaron a la cárcel.

—Fuimos novios desde que éramos estudiantes. Cuando terminamos nuestro bachillerato, Reda, que así se llamaba mi marido, ingresó en la Academia Militar, donde realizó una excelente carrera. Gracias a sus brillantes notas, fue nombrado monitor de la Academia. Desde muy joven, fue adicto a los juegos de azar, especialmente a las cartas. Las partidas de póker le volvían loco. Podía estar jugando las veinticuatro horas del día. Mi casa siempre estaba abarrotada de oficiales y civiles. Las partidas duraban hasta el amanecer. Durante las vacaciones de verano, me mandaba a veranear con mi familia a Larache y se quedaba solo en casa. De esa manera podía jugar de día y de noche durante su mes de permiso. Le supliqué varias veces que dejara el maldito juego, pero fue en vano. Las mañanas en las que amanecía contento y me compraba regalos, no hacía falta preguntarle si había ganado; pero cuando amanecía serio y como un perro apaleado, tampoco hacía falta preguntarle si había perdido. Mi casa parecía una alcaicería, unos entraban y otros salían. El asistente enfermó, ya que el hombre se tiraba preparando café toda la noche para los ludópatas. El pobre hombre, aunque lloviera a cántaros o hiciera un frío glacial, salía a comprar tabaco para mi marido y sus colegas. Todos me respetaban y eran muy amables conmigo, menos un joven teniente que me comía con sus ojos y, siempre que podía, me hacía proposiciones deshonestas.

—¿Se lo pusiste en conocimiento de tu marido?

—No, nunca se lo dije, no quería echar leña al fuego.

—¿Era joven?

—Joven y guapísimo.

—¿Te pilló tu marido con él?

—No, yo siempre fui fiel a mi marido. Cuando salía o iba a tomar café con las demás mujeres de los oficiales, la envidia se apoderaba de mí cuando se ponían a contar cosas íntimas:

—Mi marido me va a llevar a Torremolinos esta semana, dijo una.

—Ayer estuvimos haciendo el amor toda la noche y, por la mañana, me preparó el desayuno y me lo sirvió en la cama, dijo otra.

—A mí me va a llevar este año a peregrinar a los lugares santos.

—El mío me compró un coche nuevo, fue la mejor sorpresa que tuve en mi vida.

—Cuando volvía a casa, entraba en mi dormitorio, me encerraba con llave y me ponía a llorar. Apenas dormía conmigo, tan sólo lo hacía una o dos veces al mes. Hasta llegué a sospechar de que tenía una amante.

—¿La tenía?

—No, no tenía. Era el tabaco, el café, la bebida y el trasnochar lo que le impedían acostarse conmigo.

—Un día le pregunté por nuestro coche:

—Se lo dejé al comandante Akalay.

—¿Por qué?

—Porque tenía su coche averiado y tenía que llevar a su esposa al médico en Rabat.

—Al día siguiente me topé con el joven teniente en el economato y con una sonrisa maliciosa me dijo:

—Tu marido perdió el coche ayer en una partida.

—Ya lo sé.

—¿Quién te lo ha dicho?

—Mi marido, ¿quién, si no, me lo iba a decir?

—Destrozada de los nervios, fui al médico. El hombre me recetó unas pastillas. Me las tomaba después de cenar y dormía como un lirón.

—En septiembre fui a visitar a mis padres. Casi todas las mañanas llevaba a mis hermanas a la playa y un día me volví a topar con el teniente en la playa de Ras Remel.

—¡Qué sorpresa!, me dijo al saludarme.

—Me presentó a sus padres y hermanos, y nos invitó a almorzar. Estuve charlando con sus hermanos durante toda la tarde y, cuando me despedí de su familia, me dijo:

—¿Puedo hablar contigo a solas?

—Claro.

—Me alejó unos cien metros, me miró fijamente a los ojos y me dijo muy serio:

—¿Por qué me rehúyes? ¿Por qué no quieres saber nada de mí?

—Mira, creo que lo mejor es que hablemos claramente de una vez. No quiero saber nada de ti ni de nadie porque soy una mujer honrada y quiero a mi marido.

—¿Honrada? ¿Y los otros?

—¿Qué otros?

—Los que se acuestan contigo.

—¿Los que se acuestan conmigo? ¡Explícate!

—No te hagas la tonta conmigo, ¿o es que no sabes que cuando tu marido pierde hasta la camisa te juega a ti?

—¡Eres un canalla!, y le di una bofetada.

—Esa noche no dormí y, como hipnotizada, estuve toda la noche sentada en el jardín de mi casa hasta el amanecer. Quería recordar y no lo conseguía. Pero mi instinto me decía que algo de verdad había en este asunto. Sin terminar mis vacaciones, hice mis maletas y fui a Mequínez. Nada más llegar, extrañado, mi esposo me preguntó:

—¿Por qué has venido?

—Para ver al médico. Pero si mi presencia te molesta, vuelvo a Larache.

—No, mujer, es que me extraña que vengas aquí con el calor que hace y dejes la brisa del mar de nuestro pueblo. Me encerré en mi dormitorio con llave, me tomé mis pastillas y no me desperté hasta las once del día siguiente.

—¿Qué te recetó el médico?, me preguntó mientras merendábamos.

—Me dobló la dosis.

—Esa noche me perfumé y me puse un vestido muy escotado. Saludé a los presentes y me fui al dormitorio. Reda me siguió nervioso y me dijo:

—¿Cuánto dinero tienes?

—Nada

—¿Cómo que nada?

—Pagué al médico, compré los medicamentos y el resto me lo gasté en la peluquería.

—En su presencia simulé tomarme los comprimidos y cuando salió, dejé la puerta entreabierta. Me desnudé y me metí en la cama y exactamente a las tres de la madrugada alguien cerró la puerta y se metió en mi lecho. Cuando terminó, volvió a cerrar la puerta y se fue a continuar la partida. Cogí la pistola de mi marido y, desnuda, me dirigí al salón. Estaban sentados cuatro oficiales y mi marido estaba de pie. Al verme con la pistola en la mano, dejó caer el vaso de whisky al suelo, lo que llamó la atención de los militares. Todos me miraron estupefactos y, sin darles tiempo a reaccionar, descargué las nueve balas en sus cuerpos.

El sexto día, una de las presidiarias preguntó a Cherezade:

—¿A quién le toca hoy?

—A Turía.

La muchacha, sentada en su cama y apoyada su espalda en la pared, empezó a contarnos las causas de su detención:

—Emigrar al extranjero era el sueño de mi vida. Creía en un mundo de fantasía. Trabajé duro y conseguí ahorrar bastante dinero. Sólo me faltaba encontrar la persona idónea que me llevara a cualquier país de la Europa comunitaria. Me informaron de un señor en Tánger, me dieron sus señas y fui a verle. Al llegar al café donde solía sentarse y preguntar al camarero, el señor me dijo:

- Acaba de salir, pero vendrá pronto.
—Esperé un par de horas y por fin llegó:
—¿Es usted el señor Buedian?
—Sube al coche, hay demasiados policías.

—Subí al coche y durante el trayecto a su casa no intercambiamos palabra, Tomó la carretera de Alcazarseguer y en un cuarto de hora estábamos en su casa. Era una casa de campo, en la cual fuimos recibidos por los ladridos de varios perros. Una mujer ahuyentó a los canes y entramos en la casa. Antes de pasar a un salón, varias muchachas me dieron los buenos días. Al sentarnos en el mencionado salón, el hombre me dijo:

- Son cuarenta mil dirhams
—¿Cómo sabe que quiero emigrar?
—Tengo muchos años de experiencia.
—De acuerdo, ¿cuándo partimos?
—Todavía no tengo el cupo lleno, pero puedes dejarme tu dirección y tu teléfono.
—¿A qué país me vas a llevar?
—Sólo llevo gente para Alemania.

—Volví a Larache y esperé un par de semanas. El Hach Brahim, el tendero de mi barrio, me mandó llamar.

- Te ha llamado un señor de Tánger y dijo que te volvería a llamar dentro de una hora.
—Eran las diez de la mañana, y a las once me llamó el señor Bumedian:
—¿Turía?
—Sí, soy yo.

—Pasado mañana saldremos en el primer barco. Mañana ven a pasar la noche en mi casa con las demás chicas, te esperaré a las once del mediodía en la estación de autobuses, no traigas mucho equipaje.

- De acuerdo.

—Recogí mis cosas y apenas conseguí conciliar el sueño. Fue una noche de nervios y pesadillas. De madrugada, me aseeé, me peiné, me vestí y me despedí de mi madre. Llegué a Tánger a las seis de la mañana. Di un paseo por la playa y estuve mirando a los bañistas hasta las diez de la mañana. Fue una espera insoportable. Parecía como si alguien retrasara el minuterero de mi reloj. Me senté en un café y esperé a Bumedian. Fue puntual, subimos al coche y fuimos a su casa.

- Bueno, muchachas, el grupo está completo, nos dijo el señor.

—Saludé a las nueve chicas, nos sirvieron un vaso de té y más tarde nos dieron de comer. Por la tarde, todas salimos a dar una vuelta por los alrededores de la casa. Una muchacha le dijo a la otra:

—¿Tú crees que no nos engañará?

—Por eso no te preocupes, yo le conozco muy bien y siempre cumple sus promesas.

—¿Y la aduana?

—Todo está arreglado, ya veréis que no habrá ningún problema.

—Partimos para Tetuán de madrugada y llegamos muy temprano a Fnidek. Al entregarle los pasaportes a un agente, éste le dijo a Bumedian:

—¿Por qué has tardado, maricón?

—He tardado porque quería ver la cara de hijo de puta que tienes a la luz del día.

—Se notaba que había demasiada confianza entre el agente y nuestro chófer, cosa que nos tranquilizó muchísimo. Pasamos la aduana española sin ningún problema y, cuando llegamos al barco, el jefe de policía le dijo con toda confianza al traficante de emigrantes:

—A ver si de vuelta me traes contigo una alemanita.

—En un español medio comprendido, Bumedian le dijo sonriendo:

—Tu mujer, ¿ya está *charfa*?

—Y muy *charfa*, amigo mío.

—Nos paseábamos contentísimas por toda la nave y, al llegar a Algeciras, tampoco tuvimos problemas.

—Todos están comprados, dijo una compañera.

—Al tercer día llegamos a Alemania. El hombre nos llevó a una casa en la periferia de Frankfurt donde fuimos recibidos por una griega que hablaba un perfecto árabe. La helena nos compró ropa y cinco días más tarde nos invitó a cenar a un restaurante de lujo, donde había muchos ricos de todas las nacionalidades. Nos presentó a varios de ellos y la mayoría de las chicas aceptaron encantadas las proposiciones de estos señores.

—¿Qué hacemos?, me preguntó una compañera.

—Al no contestarle, me volvió a preguntar:

—¿Vamos a trabajar de putas?

—¡Claro que no!, le dije sonriendo, pero tenemos que encontrar alguna solución.

—Tengo aquí una prima de mi madre y, si quieres, iremos a verla.

—Al día siguiente por la mañana, llamamos a la mujer y ésta nos dio su dirección. Fuimos muy bien recibidas por la señora y, con toda la sinceridad del mundo, le contamos nuestro problema.

* Vieja.

—No habláis alemán, y eso sí que es un gran problema. Pero todo tiene arreglo.

—Al día siguiente llevamos lo poco que teníamos a la casa de Mimuna, que así se llamaba la prima de mi amiga. La mujer era viuda y vivía sola con su hijo. Su casa tenía cuatro habitaciones y un comedor. La mujer estaba muy contenta con nuestra compañía:

—No sabéis lo contenta que estoy con vosotras. Han sido muchos años de soledad.

—Una semana después, nos buscó trabajo en una residencia de ancianos. Aprendí el alemán gracias a Taieb, el hijo de Mimuna. Conseguí ahorrar bastante dinero y, como mi lugar de trabajo estaba bastante lejos, decidí comprar un coche de segunda mano. Todos los meses le enviaba dinero a mi madre y, cada quince días, la llamaba por teléfono. Me casé con un turco y obtuve la nacionalidad alemana, pero mi matrimonio duró pocos años ya que el hombre era extremadamente religioso y era muy celoso. Mi madre resbaló un día al bajar las escaleras y se rompió la cabeza del fémur. Después de operarla en Tánger me la llevé a Frankfurt.

—Llegó la fusión de las dos Alemanias y también su crisis laboral, que hizo mella en la clase obrera. Pasaron los años y mi madre enfermó. Me hizo prometerle varias veces que si se moría, la enterraría en el cementerio de Lala Menana de Larache. Hacía un frío terrible y mi vieja falleció en el mes de diciembre. No tenía mucho dinero ya que estuve en paro más de un año. Pregunté en nuestro consulado y un funcionario me dijo:

—le aconsejo que la entierre aquí, porque trasladarla al país le costaría mucho dinero.

—Se me ocurrió una idea y la puse en práctica. Le pedí prestada la furgoneta a un amigo. Envolví el cuerpecito de mi pobre madre en una alfombra, la metí en el portamaletas y puse sobre ella varias bolsas con ropa usada. Como os dije, hacía mucho frío. Salí de noche de Frankfurt y sólo paraba para tomar algo caliente en Arnheim, Breda, Antwerpen, Gent, Lille, París, Bordeaux, San Sebastián, Burgos, Vitoria, Madrid, Ocaña, Bailén, Jaén, pero al llegar a Granada, aparqué en una gasolinera y entré a tomar café y calentarme en la cafetería.

—Cansada y muerta de frío, me quedé dormida. Al despertar y dirigirme a la furgoneta vi desde lejos el portamaletas abierto. Mi sorpresa fue cuando vi que no sólo me habían robado las bolsas, sino también la alfombra donde estaba envuelta mi madre.

—No supe qué hacer y volví a la cafetería. Estaba atada de pies y manos y no podía avisar a la policía. Entré en los servicios y lloré durante un buen rato. Volví a tomar café y cuando miré mi reloj, habían pasado más de cuatro horas. Al volver a la furgoneta no di crédito a lo que estaba viendo: mi madre envuelta en la alfombra. Tuve una gran alegría, cuando un muchacho me dijo:

—Uhté perdone, señora, por la faena que le hemoh hecho, pero loh gitanoh tenemoh mucho rehpeto por loh muertoh.

—No paré hasta llegar a Algeciras, a las cinco de la mañana, y no tuve ningún problema en la aduana:

—¿Tiene usted algo que declarar, señora?

—Nada, agente.

—Puede usted embarcar.

—Al llegar a Tánger, el puerto estaba casi desierto y, al desembarcar, un agente de aduanas me preguntó:

—¿Algo que declarar?

—Sí, una vieja alfombra, y le di cien dírham.

—Puede usted pasar.

—Estaba muerta del sueño, pero aún así, seguí pisando el acelerador. Faltaban pocos kilómetros para llegar a Larache, pero en el cruce de Lala Yilalia me paró la gendarmería.

—¿Qué lleva usted en el portamaletas?

—Ropa usada y una vieja alfombra.

—El agente se asomó por la ventanilla y allí fue donde metí la pata.

—¿Por qué?, le preguntamos intrigadas.

—Porque al entregarle quinientos dírham al gendarme, éste me dijo:

—La iba a dejar partir, pero según veo, tiene usted algo que no quiere declarar, y me hizo sacar y extender la alfombra.

—A mi madre la enterraron en el cementerio de Sidi El Arbi y a mí me condenaron a un año de cárcel.

El séptimo día, todas las muchachas estaban inquietas, pues esperaban el último relato. Al tornar de noche a nuestra celda, Radia me dijo:

—Cherezade.

—Dime. No creas que tengo gran cosa que contaros, pero si os empeñáis.

—¡Claro que sí!, me dijeron todas casi en tono amenazador.

Como en una halka, las chicas se sentaron en círculo alrededor de la dueña del relato:

Soy huérfana, mi padre murió cuando yo tenía dos años. Mi madre no tuvo más remedio que ponerse a trabajar de criada. Los dueños de la casa, gente muy bien situada, siempre me trataron como una hija. Con Mariam, la hija de estos señores, cursé mi primera y segunda enseñanza, y ambas fuimos a la universidad. Me trataba como a una hermana y nunca hacía nada sin consultarme. Comía con ellos en la mesa y dormía con la chica en su dormitorio. Siempre me llevaban de viaje con ellos y me compraban lo que quería.

Terminé la carrera de ciencias económicas y aprobé el examen de Inspectores de la Seguridad Social. Mi madre dejó de trabajar y volvimos a vivir en nuestra casita en la medina. A pesar de habernos mudado, todos los fines de semana íbamos a visitar a Mariam y a sus padres. Estaba muy

contenta con mi trabajo, todos mis jefes me admiraban. Siempre que inspeccionaba una fábrica, los dueños o los encargados intentaban sobornarme. Había muchos inspectores corruptos y ninguno de ellos quería salir de inspección conmigo. La mayoría de estos funcionarios tenían el mismo sueldo que yo, pero nos diferenciábamos en una sola cosa: el los tenían lujosos coches, mientras que yo tenía que coger el autobús. Muchos tenían tres o cuatro apartamentos, mientras que yo vivía en la casita de mi difunto padre.

Los propietarios de las fábricas no me podían ver ni en fotografía. Me mandaban regalos y corderos en pascua de Aid-el-Kebir, pero mi criada y mi madre tenían órdenes de no aceptar nada de nadie, y cuando alguno se ponía pesado, ésta le decía:

—Si no se va, llamo a la policía.

El industrial más acaudalado de la ciudad se quejó a mi jefe y al citarme éste último me dijo:

—Mira, hija mía, todos los empresarios se quejan de ti y creo que lo mejor es cambiarte de servicio.

—Cambiar de servicio, ¿por qué?

—Para que no tengas problemas y, es más, puedes venir al trabajo cuando te venga en gana.

—Con todos mis respetos, señor director, lamento decirle que no tiene derecho a cambiarme de servicio.

—¡El que manda aquí soy yo! ¡Te enterarás!

—Tampoco tiene usted derecho a levantarme la voz.

—¡Voy a dar parte de ti a la central de Casablanca!

—Creo que la corrupción le ha cegado, señor director. Por cumplir con mi obligación me va usted a empapelar. Inténtelo y verá.

—¡Me está amenazando!

—Tómelo como quiera y, además, ¿es que acaso no sabe usted que 6000 empresas no respetan las normas de afiliación de los obreros y el 61% de los asalariados carece de cualquier tipo de cobertura social?

Desde aquel día, mi jefe no paró en ponerme trabas en mi trabajo. Me tendió varias trampas, pero yo estaba siempre muy atenta. Un día mandó conmigo a un joven inspector y fuimos a inspeccionar a un famoso industrial. Al terminar nuestra inspección, el hombre nos dio dos sobres:

—Aquí tienen diez mil dirhams para cada uno.

—Gracias, yo nunca he aceptado dinero de nadie.

—Ni yo tampoco, dijo mi compañero.

El hombre se puso rojo como un tomate y nos miró con una mirada de pocos amigos. Salí contentísima de la fábrica porque pude constatar que todavía existían inspectores honrados como mi joven colega.

Hacía años que no había visto a Mariam y un día me enteré por mi madre que su padre estaba en bancarrota. El buen hombre lo perdió todo y estaba en la miseria. No pude contener mis lágrimas y le dije a mi madre:

—Este fin de semana iré a visitarlos.

Dos días después, cuán grande fue mi alegría al ver a Mariam en la puerta de mi oficina.

—¡Qué alegría, Mariam! ¡Qué alegría, querida hermana!

Nada más abrazarnos, la pobre rompió en sollozos.

—No llores, por favor, no llores.

Pedí permiso esa mañana y fuimos a una cafetería. Me contó la desgracia de su padre y, al final, me dijo muy avergonzada:

—Podrías ayudarnos a pagar el alquiler.

—¿Qué alquiler?

—El de la casa que hemos alquilado.

—¿Y vuestra casa?

—Hace dos años que la hemos vendido para pagar los impuestos.

—¿Cuántos meses de alquiler debéis?

—Cinco meses.

—No te preocupes, yo los pagaré.

No pude dormir esa noche porque no sabía de dónde sacar tanto dinero. Yo vivía al día y no tenía ni un céntimo en mi cuenta bancaria. Fui a pedir un crédito al banco y el director me dijo:

—Esto suele tardar un poco.

—¿Cuánto tiempo?

—Francamente, no lo sé. Tenemos que mandar su petición a Casablanca y, si están de acuerdo, le daremos el crédito.

Salí muy enojada del banco y por la tarde me topé con unos empresarios que querían sobornarme:

—Buenas tardes, Si Ahmed.

—Buenas tardes, hija mía.

—Quisiera hablar con usted un momento.

—Tú dirás.

—Si no tiene usted inconveniente, ¿podría prestarme cinco mil dirhams? Se los devolvería en tres meses y, como garantía, le firmaré tres cheques.

—Lo de los cheques no hace falta. Pásate mañana por mi oficina, te prestaré encantado los cinco mil dirhams.

Como si me hubiese quitado un gran peso de encima, me fui contenta a mi casa. Esa noche soñé que toda la familia de Mariam estaba contentísima y me dije al despertarme:

—Este sueño debe ser un buen presagio.

Al dirigirme a la empresa y entrar en la oficina del mencionado empresario y darle los buenos días, el hombre me entregó un sobre:

—Puedes contarlos, si quieres.

—No, por favor, no hace falta.

Al meter el sobre en mi bolso, vi cómo el sinvergüenza cogía el teléfono. Al salir de la empresa me detuvieron dos policías y, al llegar a la comisaría, un inspector me dijo:

—Queda usted detenida por corrupción.

—¡Este dinero me lo prestó el dueño de la fábrica!

—Pues el dueño dice lo contrario.

—¡No puede ser!

—Mire, aquí tiene el número de serie de los billetes y la declaración del señor Ahmed.

Al ver en el día del juicio muy sonriente a mi jefe en compañía del señor Ahmed supe que los dos me habían tendido una trampa.

—¿A cuánto te han condenado?

—A seis meses.

—Creemos que la condena fue un poco dura.

—Fue una condena normal. Me hubiesen condenado a tres meses, pero mi jefe y el otro hijo de mala madre, para vengarse, pusieron un billete de cien dirhams de más.

—¿Por qué?, me preguntaron todas.

—Lo hicieron a propósito ya que, según la ley en vigor, si la suma sobrepasa los cinco mil dirhams, el acusado pasa a ser juzgado en el Tribunal Especial de Justicia, que es más severo con los funcionarios.

Al terminar Cherezade de contar el último relato, el teléfono sonó varias veces:

—¿Dígame?, respondió Cherezade.

—Soy yo, Sidi Baba, ¿estabais durmiendo?

—No, todavía estamos despiertas.